

EL OLVIDADO

Míralos. Míralos cómo pasan ante mí indiferentes, deleitándose en las fotografías que ya han tomado, mostrándoselas unos a otros mientras llegan hasta el siguiente objetivo digno, uno merecedor de ocupar un mísero espacio en esas memorias casi infinitas de las que ahora disponen. No como yo, claro.

Oye, tú, el de las sandalias con calcetines: yo también soy importante, ¿sabes? Nada, ni caso. Ese va para la sierra, para Las Carboneras. Se les nota por el paso impaciente. Las fotografías allí tomadas son las que van a poner los dientes largos a la familia y a los seguidores en las redes sociales, y tienen prisa por llegar. Vale que yo no ofrezco esas panorámicas, esa postal facilona, pero, hombre, ahora que no tienen ni que revelar las fotografías, ¿qué les cuesta dedicarme una?

También les interesa mucho el Cerro Negro. Uy, sí, ¡qué antiguo! Los turistas escuchan «edad de bronce» y ya les tiembla de ansiedad el dedo con el que toman las fotografías. No niego que sea impactante observar esos vestigios de construcciones milenarias, pero, vamos a ver, que eran viviendas, lugares donde esa gente iba a dormir. Y ya está. Que, digo yo, tampoco es para tanto.

No me hagan hablar de las ruinas del castillo nazarí. Porque, vamos a ver, seguro que alguno me tilda de envidioso, de demagogo, pero es que es verdad: ¿Qué es un castillo si no una herramienta para la guerra? ¿Es acaso digno de lo algo pergeñado con tal fin?

Y, por supuesto, la joya de la corona, cómo no: la iglesia de Nuestra Señora de la Cabeza. Hay que admitir que tiene su historia, sí, que fue testigo en sus orígenes de las luchas entre cristianos y musulmanes, de épocas prósperas para el pueblo y otras aciagas y oscuras. Y que su torre, ciertamente, es el signo distintivo por excelencia de nuestra localidad. Y luego, claro, está el aspecto extraterrenal. A ver, yo no digo que no sea importante la espiritualidad y todo aquello; los humanos sabrán, solo digo que lo que yo

hago no lo es menos. Quisiera ver yo cuántas iglesias se habrían construido si no fuera por nosotras.

Sí, discúlpenme. Lo siento, soy consciente de que me he excedido. Y sí, también de que me corroe la envidia. Y es que, ¿quién no desea ser admirado? No es fácil, créanme, ser un edificio vulgar, anodino, en el entorno que me ha adjudicado el destino. Vivir rodeado de tanto eco de desbordante historia, de tanta riqueza natural, y tener yo tan poca que narrar.

Pero permítanme un mero apunte, un pequeño ejercicio de egocentrismo: yo también tengo un papel. Y no es baladí, opino. Sin mí, sin los míos, no habría arquitectura ni, por lo tanto, castillos que admirar. Ni tampoco quien leyera los salmos desde el púlpito de la iglesia. Sin nosotros, y pese a que algunos nos menosprecien y cercenen nuestros medios y recursos, no habría turistas, pues tampoco habría sociedad.

Sí, soy humilde, quizá poco interesante, pero aun así, me siento útil, crucial. No protagonizo instantáneas, pero construyo futuro.

Yo sólo soy el colegio de Huesa. Pero a mucha honra.